

La colección Un Libro por Centavos, iniciativa de la Decanatura Cultural, de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales y no gubernamentales.

El objetivo de la colección continúa con los mismos propósitos e idéntico entusiasmo, en la promoción y divulgación de la poesía colombiana, latinoamericana y con la inclusión, hasta el momento, de poetas considerados clásicos españoles, franceses e italianos.

Este poemario n.º 137 *Cantos sueltos* es una antología de la poesía de Giacomo Leopardi, cuya selección, edición y traducción estuvo a cargo del poeta italiano, Vincenzo Guarracino y Ana María Pinedo López, para esta colección.

Edición y traducción de
Vincenzo Guarracino
Ana María Pinedo López



N.º 137

GIACOMO LEOPARDI

Cantos sueltos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL

2017

ISBN 978-958-772-

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2017

Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia

Tel. (57 1) 342 0288

dextensionc@uexternado.edu.co

www.uexternado.edu.co

Primera edición

Agosto de 2017

Imagen de carátula

Retrato de Leopardi, por Giorgio Larocchi, 1998

Diseño de carátula y composición

Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación

Nomos Impresores

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados durante 14 años en:

www.uexternado.edu.co/unlibroporcentavos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

GIORGIO LAROCCHI, pintor, nació en Muggiò (Milán) en 1929 y murió en Monza en octubre de 2008. Tras introducirse en el ámbito informal en la segunda mitad de los años cincuenta, se redirigió hacia un lirismo de signo muy personal, alentado por la amistad de críticos (Franco Russoli, Mario De Micheli, Alberico Sala, Roberto Sanesi, Alberto Crespi, Flaminio Gualdoni), con importantes exposiciones personales en Italia y fuera de Italia (Francia, Suiza, España).

A partir de los años noventa, además, publicó diversas antologías poéticas: *Remiendos y nidos*, *Todo movimiento perturba*, *El intervalo entre un pensamiento y otro*, *Abril del 45*, *Ejercicios de melancolía*, *Entorno y dentro del sufrimiento*.

CONTENIDO

El infinito [10], L' Infinito[11],
El pájaro solitario [12], El primer amor [15],
La tarde del día de fiesta [21], A la luna [23],
A Silvia [24], Las recordanzas [27],
Canto nocturno de un pastor errante de Asia [34],
La quietud tras la tempestad [40],
El sábado de la aldea [43], A sí mismo [46],
Aspasia [47], El ocaso de la luna [52],
La retama o la flor del desierto [55]

*A la memoria de Giorgio Larocchi
y de Samuel Díaz Pinedo.*

*Con agradecimiento a la profesora Cristina Coriasso
por su ayuda en la revisión de los textos.*

EL INFINITO

Compuesto entre la primavera y el otoño de 1819, inaugura, no sólo cronológicamente, la colección de los Idilios publicados, en principio en el Nuovo Ricoglitore de Milán (1825-1826), y después en las ediciones boloñesas de los Versos de 1826, antes de entrar a formar parte de los Cantos de 1831 y 1835.

Considerado el momento de máxima fusión de inspiración y expresión, el idilio precisa, en forma de límpida y esencial reflexión lírica, las ideas del poeta entorno al tema del placer y del infinito.

Siempre amé esta solitaria montaña,
Y este seto, que de tantos lugares
Del último horizonte la vista excluye.
Desde aquí, al contemplar interminables
Espacios de allá y sobrehumanos
Silencios y profundísima quietud,
Yo pensando imagino; y por poco
El alma no se espanta. Y como el viento,
Oigo susurrar entre estas plantas y
Aquel infinito silencio a esta voz
Voy comparando: venís la eternidad
Las estaciones muertas, la presente
Y viva y su sonido. Así, en esta
Inmensidad, te anegas pensamiento:
Y naufragar me es dulce en este mar.

L'INFINITO

Composto tra la primavera e l'autunno del 1819, inaugura non solo cronologicamente la raccolta degli Idilli, pubblicati dapprima sul Nuovo Ricoglitore di Milano (1825-1826) e poi nell'edizione bolognese dei Versi del 1826, prima di entrare a far parte dei Canti del 1831 e del 1835.

Considerato il momento di massima fusione di ispirazione ed espressione, l'idillio precisa nella forma di una limpida ed essenziale riflessione lirica le idee del poeta intorno al tema del piacere e dell'infinito.

Sempre caro mi fu quest'eremo colle,
E questa siepe, che da tanta parte
Dell'ultimo orizzonte il guardo esclude.
Ma sedendo e mirando, interminati
Spazi di là da quella, e sovrumani
Silenzi, e profondissima quiete
Io nel pensier mi fingo; ove per poco
Il cor non si spaura. E come il vento
Odo stormir tra queste piante, io quello
Infinito silenzio a questa voce
Vo comparando: e mi sovvien l'eterno,
E le morte stagioni, e la presente
E viva, e il suon di lei. Così tra questa
Immensità s'annega il pensier mio:
E il naufragar m'è dolce il questo mare.

EL PÁJARO SOLITARIO

Publicado en la edición Starita de los Cantos en 1835, entre El primer amor y El infinito, presenta arduos problemas de datación, siendo por algunos asignado, sobre la base de una nota del Suplemento general de todas mis cartas, a la primera etapa creativa de los Idilios (1819-20) y por otros sin embargo, sobre consideraciones de orden estructural y estilístico, a una fecha posterior a 1828.

Colocado por el poeta antes de los Idilios de 1819-1821, el canto, a través de la representación de la vida de un pájaro, pone en escena, entre anhelo y rebelión, una imagen del poeta que se encuentra en una situación existencial dominada por la soledad como condición amada y al tiempo detestada.

Sobre el vértice de la torre antigua,
pájaro solitario, hacia la campaña
cantando vas hasta que muere el día;
y vaga la armonía por este valle.
Primavera entorno
brilla en el aire, y por los campos exulta,
que al mirarla conmueve el corazón.
Se oye a los rebaños balar, mugir manadas
Otros pájaros contentos, compitiendo
Por el cielo libre hacen mil giros
Festejando continuamente la primavera:
Tú, pensativo, te apartas y observas todo;
No compañeros, no vuelos,
Nada alegría, esquivas el divertimento,
Los cantos, y así atraviesas,

Del tiempo y de tu vida, la más bella flor.
¡Oh cuanto se asemejan
Tus costumbres a las mías! Solaz y risa,
De la feliz edad dulce familia,
Y tú, hermano de juventud, amor
Suspiro acerbo de mis provecos días,
No cuido, no sé como; de ellos antes
Casi huyo lejos;
Casi solitario y extraño
A mi lugar nativo,
Paso de mi vivir la primavera.
Este día que ahora cede a la noche,
Festejar se usa en nuestro burgo.
Oyes por lo sereno sonar campanas,
Oyes a menudo el tronar de los petardos
Que resuena lejano de pueblo en pueblo.
Toda ataviada de fiesta
La juventud del lugar
Deja las casas y, por la calle, se expande;
Y mira y es mirada, y en su corazón se alegra.
Yo solitario en esta
Remota parte a la campaña salgo,
Cada diversión y juego
Postergo a otro tiempo: y mientras la mirada
Misma en el aire luminoso
Me hiera el sol, que entre lejanos montes,
Tras el día sereno,
Decayendo se diluye, y parece que diga
Que la bendita juventud se va.

Tú, solitario pajarillo cuando llegar a la noche
Del vivir te concedan las estrellas,
Seguramente de tu atuendo
No te arrepentirás; que de natural es fruto
cada uno de vuestros deseos.
A mí, si de la vejez
el detestado umbral
evitar no imploro,
cuando mudos, estos ojos, sean al corazón de los demás,
y a ellos aparezca vacío el mundo y el día futuro
del día presente será más aburrido y tétrico,
¿qué pensaré de tal deseo?
¿qué de estos años míos? ¿qué de mí mismo?
¡Ah! me arrepentiré, y a menudo,
aunque desconsolado, volveré atrás.

EL PRIMER AMOR

Compuesto en Recanati en diciembre de 1817, fue publicado en la edición boloñesa de los Versos (1826) con el título Elegía 1; sucesivamente con este título a partir de la edición Piatti del 1831.

El canto refleja la situación psicológica del poeta tras la llegada a casa de los Leopardi de Geltrude Cassi Lazzari, prima de Pesaro del padre y encuentra precisa correspondencia con unas anotaciones del Diario del primer amor («Queriendo dar algún alivio a mi corazón y no sabiendo ni queriendo hacerlo de otra manera que escribiendo ni pudiendo escribir otra cosa, tentado el verso...»)

Vuélveme a la mente el día en que la lid
Sentí del amor por primera vez, y dije:
¡Ah, si esto es amor como hace sufrir!

En que, los ojos fijos y ausentes,
Miraba a aquella que, inocente, a este
Corazón brecha primera abriese.

¡Ah amor, que cruelmente me tratabas!
¿Por qué tanta tortura, tanto dolor,
Un sentimiento tan dulce en sí portaba?

¿Por qué no sereno, y sin ansia, y mozo
Sino pleno de dolor y de lamento
Me era al corazón tan dulce gozo?

Di, tierno corazón, ¿ahora qué horror
Qué angustia era la tuya en aquel pensar
En el cual te era aburrido cada contento?

Aquella imagen del día, que lisonjera,
Seductora, se ofrecía en la noche,
Cuando todo en el cielo sosiego era.

Con tu fuerte palpitar, en el lecho,
Tú, inquieto, feliz, digno de piedad,
Fatigabas de continuo mi pecho.

Y cuando triste, anhelante y cansado
Los ojos al sueño cerraba, éste por fiebre
Roto se me volvía y delirado

¡Oh qué viva surgía, dulce, amada
Imagen, en la oscuridad a los ojos,
Que bajo los párpados, la contemplaban!

¡Oh qué suavísimos y qué difusos
Estremecimientos me recorrían,
Qué pensamientos volubles, confusos

Se agitaban! cual viento primaveral
Que provoca largo e incierto rumor
A través de un frondoso bosque secular

Y mientras yo callaba sin oponerme
¿Que decías, oh corazón, al partir
Por la que penando y palpitando ibas?

No apenas había sentido el ardor
De la llama del amor, cuando el viento que
Lo alimentaba súbito desapareció.

Sin sueño yacía al alba, batían
Sus patas bajo la casa del padre
Los caballos que te me alejarían.

Yo tímido, callado, inexperto
Hacia el balcón dirigía, en la sombra,
Ávido el oído, el ojo en vano abierto,

Para escuchar cualquier palabra
Que pudiese salir de aquellos labios;
La voz que el destino me arrebatava.

¡Cuántas veces voz plebeya golpeó
Mi dubitativo oído, y me sentí helar
E incierto mi corazón batió veloz!

Y cuando al fin descendió la tan amada
Voz a mi corazón y de los caballos
Y de las ruedas sentí el ruido,

Privado entonces, los ojos cerrados,
Palpitando en el lecho, me retraje,
Prieto el corazón con la mano, suspiré.

Después arrastrándome y trémulo
Por la estancia muda, me preguntaba:
¿Qué puede ahora turbar mi corazón?

Amarguísima entonces la recordanza
Se aposentó en mi pecho y me cerraba
A toda voz, el corazón, a cada viso.

Y largo un dolor me penetraba el alma
Como cuando el cielo llueve sin cesar
Melancólicamente y los campos lava

No te reconocí, joven de nueve
y nueve Soles, nacido para llorar
Al hacer, amor, tus primos intentos

No era grato del prado el reverdecer,
De los astros la risa, de la aurora
El silencio, despreciaba el placer.

Hasta el amor por la gloria callaba
Que en el pecho enardecer tanto solía
Pues de belleza amor allí se demoraba

Ni los ojos a mis asiduos estudios dirigía,
Ellos que vanos ahora me parecían y que
Vano cualquier otro deseo antaño hacían.

¿Como amor a otro tan grande relegó,
Como de mí mismo tan diverso fui?
¡Oh cuan vano e inestable es el corazón!

Sólo me era amable mi ser y con él,
En un perenne dialogar sumido,
Yo custodiaba celoso mi padecer.

Los ojos bajos, sobre sí inclinados,
Ni casualmente soportaban posarse
En rostro ni obsceno ni agraciado:

Porque turbar temían la pura
Y cándida imagen en el alma incisa
Como un soplo agita de un lago el agua.

Que el alma nos aflige la pesadumbre
De no haber gozado con plenitud,
Y muda placer pasado en podedumbre

Incitaba aún al alma a retozar
En lo desvanecido: la vergüenza
No la lograba todavía alcanzar.

Al cielo, a vosotros, nobles, yo juro
Que apetito bajo no entró en mi pecho,
Que de fuego ardí limpio y puro.

Vive aquel fuego aún, vive ese afecto,
En mi alma respira aún la imagen bella,
De quien, sino celestial, otro placer

Jamás tuve, y sólo por ella me sacio.

LA TARDE DEL DÍA DE FIESTA

Compuesto probablemente en la primavera de 1820, fue publicado por primera vez con el título La tarde del día festivo tanto en los Versos de 1826 como en los Cantos de 1831, antes de recibir su título definitivo en los Cantos de la edición Starita de 1835.

Ligado a sufridas experiencias existenciales, como queda testimoniado por cartas y apuntes del período, el idilio ofrece la patética representación de un ánimo que vanamente se interroga sobre el sentido de la propia vida y sobre el significado mismo de la historia.

Dulce y clara es la noche, y sin viento,
Y quieta sobre techos y en los huertos
Reposa la luna, de lejos revela
Serena las montañas. Oh mi señora,
Ya callan los senderos y por los balcones
Rala trasluce la nocturna lámpara:
Tú duermes, que te acogió fácil sueño
En tus silenciosas estancias; no te turban
Pensamientos afanosos; y no sabes
Cuan grande herida me abriste en el pecho.
Tú duermes: yo este cielo, que parece
Tan benigno, a saludar me enfrento, y
La antigua naturaleza omnipotente,
Que me engendró para sufrir. La esperanza
Te niego, me dijo, incluso la esperanza;
No brillen tus ojos sino de llanto.
Este fue día solemne: de diversión

Reposa; y quizás recuerdes en sueños
A cuantos hoy gustaste, y cuantos
Te gustaron a ti: no yo, yo ya no espero
En tu pensamiento estar. Yo pregunto
Cuanto por vivir me queda, y a tierra
Me arrojo, grito, sufro. ¡Oh días de horror
En tan verde estación! Por el camino
Oigo no lejos el solitario canto
Del artesano, regresa en la noche,
Tras la diversión, a su pobre casa;
Y cruelmente se me encoge el corazón,
Al pensar como todo en el mundo pasa
Y casi huella no deja. Y huyó
El día festivo, y le sucede
El común día, y se lleva el tiempo
Cada humana vicisitud. ¿Do el rumor
De aquellos ancestros? ¿Donde la fama
De los gloriosos abuelos, el imperio
De aquella Roma, las armas, el fragor
Que se difundió por la tierra y el mar?
Todo es paz y silencio, todo reposa
Y del mundo ya no se nos habla más
En mi niñez, ávido esperaba
El día festivo, luego al terminar
Yo dolorido y en vela, yacía
En el lecho: y avanzada la noche
Un canto se oía por los senderos
Alejándose, muriendo poco a poco
Ya entonces se me encogía el corazón.

A LA LUNA

Compuesto en Recanati probablemente en el verano de 1819, vio la luz en los Versos de 1826 con el título La recordanza, antes de asumir el título definitivo a partir de las ediciones Piatti de los Cantos. Los versos 13-14 faltan en las ediciones anteriores a esta póstuma dirigida por Antonio Ranieri (1845).

Centrado sobre un tema, el de la «recordanza», destinado a asumir un papel cada vez más central en el pensamiento y en la obra del poeta, el idilio es construido sobre las reglas de un coloquio cálido y afectuoso.

Oh graciosa luna, recuerdo
Que, hace un año, sobre este monte
Yo pleno de angustia te contemplaba:
Y tú pendías sobre aquella selva
Como ahora haces, que toda iluminas.
Pero nublado y trémulo del llanto
Bajo las cejas, a mis ojos confuso
Tu rostro aparecía, que trabajosa
Era mi vida: y es, no cambia estilo,
Oh amada luna. Pero me gusta
El recuerdo, y relatar las edades
De mi dolor. ¡Oh qué grato aparece
El tiempo juvenil, cuando larga aún
Es la esperanza y breve la memoria,
El recuerdo de las cosas pasadas,
Aunque triste y doloroso dure!

A SILVIA

Compuesta en Pisa entre el 19 y el 20 de abril de 1828, la canción fue publicada por primera vez en los Cantos de la edición Piatti de 1835. Comúnmente identificada con Teresa Fattorini, hija del cochero de la casa Leopardi, muerta en la veintena de tisis en 1818, la protagonista evoca en el nombre una rudeza acerba y orgullosa, que bajo el signo de una literaridad sublime (la Silvia de la Aminta de Tasso), adquiere las connotaciones de una experiencia soñada y negada, no sin un alto porcentaje de identificación personal, ambiguamente aludida por el hecho de que el mismo nombre connota las frustradas aspiraciones a la gracia y a la vitalidad del autor en la proyectada novela autobiográfica Vida de Silvio Sarno.

Silvia, ¿aún recuerdas
aquel tiempo de tu vida mortal,
cuando la belleza resplandecía
en tus ojos risueños y esquivos,
y tú, callada y absorta, el umbral
de la juventud alcanzabas?

Resonaban las sosegadas
estancias, y los caminos entorno,
a tu perpetuo canto,
cuando en tus tareas te afanabas
te sentabas, tan complacida
de aquel vago avenir que en la mente tenías.
Era el mayo perfumado: y tú así
solías transcurrir el día.

Abandonando a veces mis estudios
Y los escritos en los que me empeñaba
Y donde mi tiempo de juventud
Y de mí se gastaba las mejores energías,
Desde los balcones de la casa
Ofrecía los oídos al sonido de tu voz
Y a la cadencia del telar
Al movimiento de tu ágil mano.
Miraba el cielo sereno,
Los caminos dorados y los huertos,
Y de aquí el mar lejano, y de allá el monte.
Lengua mortal no puede explicar
lo que yo sentía en el pecho.

Qué pensamientos dulces,
Qué esperanzas, que emociones, ¡oh Silvia mía!
¡Como entonces se mostraban
La vida humana y el hado!
Cuando recuerdo tan grande esperanza,
Un sentimiento me oprime
Amargo y desconsolado
Y retorno al dolor de mi desventura.
Oh naturaleza, oh naturaleza,
¿Por qué niegas después
Lo prometido antaño? ¿por qué tanto
Engaño a tus hijos?

Antes de que el invierno secase la hierba
Combatida por un mal escondido, y vencida
Percías, dulce criatura. Y no veías
La flor de tu juventud;
No te acariciaba el corazón
La dulce loa a tus negros cabellos,
Ni a tus miradas tímidas que enamoran;
Ni contigo hablaban de amor
Los días de fiesta las compañeras.

También presta se esfumaba
Mi dulce esperanza: a mi vida
El destino negó
La juventud. ¡Ah como,
Como has pasado,
Querida compañera de mi primavera,
Cuan llorada esperanza mía!
¿Esto es aquel mundo? ¿Estos
Los gozos, el amor, los actos, los eventos
De los que hablábamos juntos?
¿ésta la suerte de las humanas gentes?
Al surgir de lo real
Tú, mísera, caiste: y con la mano
La muerte fría y una tumba vacía
Mostrabas a lo lejos.

LAS RECORDANZAS

Compuesto en Recanati entre el 26 de agosto y el 12 de septiembre de 1829, fue publicado en los Cantos tanto de 1831 como de 1835. Casi en una autobiografía poética, el canto recorre el tiempo de la juventud perdida, haciéndola reflorar en la memoria a través de imágenes de los lugares que fueron sus espectadores.

Bellas estrellas de la Osa, yo no creía
Volver habitualmente a contemplaros
En el paterno jardín centelleantes,
Y dialogar con vosotras desde las ventanas
De esta casa donde viví de niño,
Y de las ilusiones mías vi el final.
¡Cuantas imágenes un tiempo, y cuantas fábulas
Creó en mis pensamientos el aspecto vuestro
Y las luces que os acompañan! ¡Cuando
Tácito, reposando en verde prado,
De las tardes yo solía pasar gran parte
Mirando el cielo, y escuchando el canto
De la rana remota en la campaña!
Y la luciérnaga erraba entre los setos
Y arriba en el parterre, susurrando al viento
Los paseos olorosos, y los cipreses
Allá en la selva; y bajo el paterno techo
Sonaban voces alternas, y las tranquilas
Tareas de la servidumbre. ¡Y qué pensamientos
Inmensos, qué dulces sueños me inspiró la vista
De aquel lejano mar, aquellos montes azules,

Que desde aquí descubro, y que traspasar un día
Yo me pensaba, arcanos mundos, arcana
Felicidad fingiendo para el vivir mío!
Ignorante de mi destino, ¡ah!, cuantas veces
Esta mía vida dolorosa y desnuda
Gustosamente con la muerte habría cambiado.

No me decía el corazón que la edad verde
Sería condenado a consumir en este
Nativo burgo salvaje, entre una gente
Tosca, vil; a la que nombres extraños, y a menudo
Argumento de risa y de diversión,
Son doctrina y saber; que me odia y huye,
Por envidia no ya, que no me tiene
Mayor de sí, sino porque tal estima
Que yo me tenga en mi corazón, si bien
A persona jamás yo haga seña.
Aquí paso los años, abandonado, oculto,
Sin amor, sin vida; y áspero a la fuerza
Entre la multitud de los malévolos me vuelvo:
Aquí de piedad me despojo, y de virtudes,
Y de los hombres me hago despreciador,
Por la vulgaridad que tengo cerca: y vuela, en tanto,
El amado tiempo juvenil; más amado
Que la fama y el laurel, más que la pura
Luz del día, y el respirar: te pierdo
Sin un deleite, inútilmente, en esta
Estancia inhumana, entre los afanes,
De la árida vida, ¡oh! única flor.

Viene el viento trayendo el son de la hora
Desde la torre del burgo. Era consuelo
Este sonido, me acuerdo, para mis noches,
Cuando niño en la oscura habitación,
Por asiduos terrores yo vigilaba,
Suspirando por la mañana. Aquí no hay cosa
Que yo vea o sienta, por la que una imagen dentro
No torne y un dulce rememorar no surja.
Dulce por sí; pero con dolor sobreviene
El pensamiento del presente, un vano deseo
Del pasado, aunque triste, y el decir: yo fui.
Aquella logia allá, vuelta a los extremos
Rayos del día; estos dibujados muros,
Estos pintados hatos, y el Sol que nace
Sobre solitaria campaña, a los ocios míos
Ofrecieron mil placeres cuando al lado
Me era, hablando, mi potente fantasía,
Siempre, donde yo estuviese. En estas salas antiguas,
Al claror de las nieves, entorno a estas
Amplias ventanas silbando el viento,
Resonaron los juegos y las alegres
Voces mías al tiempo que el acerbo, indigno
Misterio de las cosas se nos muestra
Pleno de dulzura; inexperimentada, entera,
El jovenzuelo, como inexperto amante,
Su vida aún plena de ilusión anhela
Y celeste belleza soñando admira.

¡Oh esperanzas, esperanzas; alegres engaños
De mi primera edad! Siempre, hablando,
Retorno a vosotros; que por andar del tiempo,
Por variar de afectos y de pensamientos,
Olvidaros no sé. Fantasmas, entiendo,
Son la gloria y el honor; placeres y bienes
Mero deseo; no tiene la vida un fruto,
Inútil miseria. Y si bien vacíos
Son los años míos, si bien desierto, oscuro
El mío estado mortal, poco me quita
La fortuna, bien veo. Ah, pero cada vez
Que en vosotras pienso, oh mis esperanzas antiguas,
Y en aquel mi amado imaginar primero;
Desde donde considero mi vivir tan vil
Y tan doliente, y que la muerte es aquello
Que de tanta esperanza hoy único me queda;
Siento cerrárseme el corazón, siento que del todo
Consolarme no sé de mi destino.
Y cuando por fin esta muerte invocada
Esté a mi lado, y haya llegado el final
De la desventura mía; cuando la tierra
Me sea extranjero valle, y de mi mirada
Huya el porvenir, de vosotros por cierto
Me acordaré; y aquella imagen todavía
Suspirar me hará, me hará cruel
El haber vivido en vano, y la dulzura
Del día fatal se mezclará con angustia.

Ya en el primer juvenil tumulto
De alegrías, de angustias y de deseo,
La muerte llamé más veces, y largamente
Me senté allá en la fuente
Pensando en cesar dentro de aquellas aguas
La esperanza y el dolor mío. Luego, por oculto
Mal, conducido a peligro de muerte,
Lloré la bella juventud, y la flor
De mis pobres días, que prematuramente así
Caía: y con frecuencia tarde, sentado
Sobre el consciente lecho, dolorosamente
Al mortecino candil poetizando,
Me lamenté con los silencios y con la noche
Del fugitivo espíritu, y a mí mismo,
Canté en su languidecer fúnebre canto.

¿Quién sin suspiros recordaros puede,
Oh primer albor de juventud, oh días
Encantadores, inenarrables, cuando
Al extasiado mortal por primera vez
Sonríen las doncellas; en competición entorno
Cada cosa sonrío; la envidia calla,
No desvelada todavía o bien benigna; e
(¡Inusitada maravilla!) el mundo
La derecha socorredora le tiende,
Excusa sus errores, festeja el nuevo
Su volver a la vida, e inclinándose
Muestra que por señor lo acoge y llama?
¡Fugaces días!, a semejanza de un rayo

Se han disipado. ¿Y cual mortal ignorante
De desventura ser puede, si a él ya trascurrido
Le ha aquella incierta estación, si su buen tiempo,
Si la juventud, ah juventud, se ha apagado?

¡Oh Nerina! ¿Y de ti quizás no oigo
Estos lugares hablar? ¿has tú quizás,
De mi pensamiento, caído? ¿Donde has ido,
Que aquí sólo de ti la recordanza
Encuentro, dulzura mía? Ya no te ve
Esta Tierra natal: aquella ventana,
Donde solías hablarme, y donde
Melancólico reluce de las estrellas el rayo,
Está desierta. ¿Donde estás, que ya no oigo
Tu voz sonar como un día,
Cuando solía cada lejano acento
Del labio tuyo que me llegase, mi rostro
Decolorar? Otro tiempo. Tus días
Fueron, mi dulce amor. Pasados. A otros
El pasar por la tierra hoy es concedido,
Y habitar estas perfumadas colinas.
Mas rápida pasaste; y como un sueño
Fue tu vida. Ibas danzando; en la frente
La alegría te resplandecía, relucía en tus ojos
Aquel confiado imaginar, aquella luz
De juventud, cuando los apagó el hado,
Y yacías. ¡Ah Nerina! En el corazón me reina
El antiguo amor. Si a fiestas todavía alguna vez,
Si a reuniones voy, dentro de mí

Digo: ¡oh! Nerina, a reuniones, a fiestas
Tú no te preparas ya, tú no vas ya.
Si vuelve mayo, y ramilletes y canciones
Van los amantes llevando a las muchachas,
Digo: Nerina mía, para ti no vuelve
La primavera jamás, no vuelve el amor.
Cada día sereno, cada florido
Lugar que yo miro, cada goce que yo siento,
Digo: Nerina ahora no gozas ya; de los campos
El aire no miras. ¡Ah! tú pasaste, eterno
Suspiro mío: pasaste: y será compañía
De cada mío dulce imaginar, de todos
Mis tiernos sentimientos, los tristes y queridos
Gestos del corazón, la amarga recordanza.

CANTO NOCTURNO DE UN PASTOR ERRANTE DE ASIA

Compuesto entre el 22 de octubre de 1829 y el 9 de abril de 1830, fue publicado en la edición de los Cantos de 1831 y de 1835.

Inspirado por la lectura de un artículo aparecido en el Journal des Savants de septiembre de 1826, donde se hablaba de pastores nómadas de Asia central hábiles en el improvisar cantos contemplando la luna, el personaje que canta, un ser primitivo immune a las intenciones intelectuales, ejerce de portavoz de inquietudes y persuasiones del poeta en un lenguaje trasfigurado y fabuloso, docto y al tiempo simplísimo.

¿Qué haces tú, luna, en el cielo? ¿Qué haces,
Di, silenciosa luna?
Surges la noche, y andas,
Oteando los desiertos; y te posas.
¿Aún no estás saciada
De correr las eternas vías celestes?
¿Aún no te aburres, aún deseas
Mirar estos valles?
Se asemeja a tu vida
La vida del pastor.
Despierta al primer albor;
Conduce el rebaño por campo, y ve
Rebaños, fuentes, prados;
Después cansado reposa a la tarde:
Nada más espera.

Dime, oh luna: ¿para qué le vale
Al pastor su vida,
La vuestra a vosotros? Dime: ¿a donde lleva
El mío breve vagar,
Tu curso inmortal?

Viejo blanco, enfermo,
Medio vestido y descalzo,
Con pesada carga sobre los hombros,
Por montañas y valles
Por piedras afiladas, y arena profunda, y tierras escarpadas,
Al viento, en la tempestad, con el tórrido
Tiempo, y cuando después hiela,
Corre adelante, resuella,
Atraviesa torrentes y charcas,
Cae, resurge, y cada vez va más deprisa,
Sin reposo o consuelo,
Lacerado y sangrante; hasta que llega
Allí donde el viaje
Y con tanta fatiga fue dirigido:
Sima horrible, inmensa,
Donde precipitando todo olvida.
Virginal luna, tal
Es la vida mortal.
Nace el hombre con fatiga,
Y es riego de muerte el nacimiento.
Prueba pena y tormento
Como primera cosa; y del principio mismo

Madre y progenitor
Lo comienzan a consolar de haber nacido.
Después que a crecer comienza,
Uno y otro lo sostienen, y siempre
Con actos y palabras
Luchan por animarlo,
Y consolarlo por su humano estado:
Cometido más grato
No existe de los padres para su prole.
Pero ¿por qué dar a luz,
Por qué generar vida
Que después de ella consolar convenga?
Si vida es desventura
¿Por qué la soportamos?
Intacta luna, tal
Es el estado mortal.
Mas tú mortal no eres,
Y quizás de mi decir poco te cale.

Y tú, solitaria, eterna peregrina,
Tan pensativa, tú quizás entiendes,
Este vivir terreno,
El padecer nuestro, el suspirar, qué es;
Qué es este morir, este supremo
Palidecer del semblante,
Desparecer de la tierra, sustraerse
A la familiar, amante compañía.
Y tú cierto comprendes

El porqué de las cosas, ves el fruto
De mañana y noche,
Del tácito, infinito andar del tiempo.
Tú sabes, cierto, a quién su dulce amor
Ría la primavera,
A quién sirva el ardor, qué genere el
Invierno con sus hielos.
Mil cosas sabes tú, mil descubres,
Que son escondidas al simple pastor.
A menudo cuando te veo
Tan muda estar sobre el desierto llano,
Que, en su horizonte lejano, al cielo confina;
Con mi rebaño
Seguirme viajando mano a mano;
Y cuando veo en el cielo arder las estrellas;
Digo para mí pensando:
¿Para qué tantas estrellas?
¿Qué hace el aire infinito, y aquel profundo
Infinito sereno? ¿Qué quiere decir esta
Soledad inmensa? Y yo ¿qué soy?
Así conmigo razono: y sobre el espacio
Desmesurado y soberbio,
Y sobre la innumerable familia;
Después de tanto aplicarse, de tantos movimientos
De cada cuerpo celeste y cada terrena cosa,
Girando sin pausa,
Para tornar siempre allí de donde han salido;
Uso alguno, algún fruto

Adivinar no sé. Pero tú por cierto,
Jovencita inmortal, conoces todo.
Esto yo conozco y siento,
Que de los eternos giros,
Que de mi ser frágil,
Algún bien o contento
Tendrán quizás otros; para mí la vida es mal.

¡Oh rebaño mío que reposas, oh tú bendito,
Que la miseria tuya, creo, no sabes!
¡Cuanta envidia me das!
No sólo porque de afanes
Casi libre vas;
Que cada ofensa, cada daño,
Cada extremo temor súbito olvidas;
Pero más porque nunca tedio pruebas.
Cuando te posas a la sombra, sobre los prados,
Tú estás sereno y contento:
Y gran parte del año
Sin tedio consumes en ese estado.
Y yo sin embargo sigo sobre la hierba, a la sombra,
Y un disgusto me empacha
La mente, y una espuela casi me punza
Así que, reposando, más que nunca estoy lejos
De encontrar paz o reposo,
Y sin embargo nada anhelo,
Y no tengo hasta ahora razón para el llanto.
Aquello que tú disfrutes o cuanto,

No sé ya decir; pero afortunado eres.
Y yo gozo todavía poco,
Oh rebaño mío, ni de esto sólo me lamento.
Si tu hablar supieses, yo preguntaría:
Dime: ¿por qué yaciendo
Cómodos, ociosos,
Se sienten satisfechos los animales;
Pero si yo yazgo en reposo, el tedio me asalta?

Quizás si tuviese yo alas
Para volar sobre las nubes,
Y contar las estrellas una a una,
O como el trueno errar de cima en cima,
Más feliz sería, dulce rebaño mío,
Más feliz sería, cándida luna.
O quizás yerra de la verdad,
Mirando de los demás la suerte, mi pensamiento:
Quizás en cual forma, en cual
Estado que sea, dentro de cubil o cuna,
Es funesto para quien nace el día de su nacer.

LA QUIETUD TRAS LA TEMPESTAD

Compuesto en Recanati entre el 17 y el 20 de septiembre de 1829, fue publicado en la edición Piatti de los Cantos de 1831 y posteriormente en la edición Starita de 1835.

El canto se inspira, con modulación típicamente idílica pero con intentos que exceden las intenciones puramente figurativas, en la observación de la realidad cotidiana y se eleva a la categoría de «idilio filosofado» (Luigi Russo), proponiendo de nuevo la meditación entorno al tema del placer, ya desarrollado en otras ocasiones en los Cantos y sobre todo en el Zibaldone.

Pasado ha la tempestad:

Oigo a los pajarillos cantar festivos, y a la gallina,

En la calle de nuevo

Que repite su verso. Miro como la quietud

Atraviesa de poniente, a la montaña;

Despéjanse los campos,

Y claro en el valle el río aparece.

Los corazones se alegran, por todas partes

Renacen los sonidos

Regresa el trabajo usual.

El artesano mira el húmedo cielo,

Con su obra en la mano, cantando,

En la puerta de la casa; compiten

Viniendo fuera las muchachas a recoger el agua

De la reciente lluvia;

El verdulero canta
De sendero en sendero
El grito diario.
Mira como vuelve el Sol, como sonrío
Por las colinas y las aldeas. Abre los balcones,
Abre terrazas y ventanas la servidumbre:
Y, de la calle principal, se oye a lo lejos
El tintineo de las campanillas; el carro chirría
La ventura del viajero que su camino reemprende.

Se alegran los corazones.
Tan dulce, tan grata
¿Cuándo es, como ahora, la vida?
¿Cuándo con tanto amor
El hombre a sus quehaceres se dedica,
Y vuelve a su actividad, o cosa nueva emprende?
¿Cuándo de sus males menos se acuerda?
Placer hijo del dolor es;
Alegría vana, que es fruto
Del pasado temor, donde se despertó
Y temió la muerte
Quien la vida aborrecía;
Donde un largo tormento,
Frías, silenciosas, pálidas,
Sudaron las gentes y palpitaron, viendo
Rayos, nubes y viento
Desencadenados por nuestras ofensas.

Oh naturaleza cortés
Estos los dones son
Estos los deleites
Que tú das a los mortales. Salir de la pena
Es el placer entre nosotros.
Penas tú esparces con larga mano; el dolor
Espontáneo surge y de placer, aquel que tanto
Por portento y milagro alguna vez
Nace del quehacer, es un gran logro. ¡Humana
Prole amada de los eternos! Bastante feliz
Si respirar se te consiente
De algún dolor: bendita
Si a ti de todo dolor la muerte sana.

EL SÁBADO DE LA ALDEA

Compuesto entre el 20 y el 29 de septiembre de 1829, fue publicado en la edición Piatti de los Cantos de 1831 y posteriormente en la edición Starita de 1835.

En el canto, que con «gracia casi anacrónica, incluso seteciesca» se redime, según el poeta Piero Bigongiari, del riesgo de «una inexorable mordaza aforística», vuelve al tema del placer, visto no tanto como una tregua de dolores y angustias, sino como espera del futuro o recuerdo del pasado, emblematizados la primera en la figura de la «muchachita» y el segundo en la de la «viejecita».

La doncella viene de la campiña,
Al caer del sol,
Con su hato de hierba en las manos
Un ramillete de rosas y violetas,
Como hacer es costumbre,
A adornarse se apresta
El pecho y los cabellos para el día de fiesta.
Se sienta con las vecinas
En la escalera a hilar la viejita,
Mirando hacia donde se pierde el día;
Y se pone a contar de sus tiempos,
Cuando el día de la fiesta ella se ornaba,
Y todavía sana y ligera
Solía bailar la noche con aquellos
Que eran compañeros de la edad más bella.
Ya se oscurece el aire,

Se vuelve azul la calma, y vuelven las sombras
Abajo desde las colinas y los tejados
Al blanquear de la reciente luna.
Ahora la campana anuncia
La fiesta que viene;
Y diría que con aquel sonido
El corazón se reconforta.
Los niños gritando
En grupo en la plazoleta,
Y por aquí y por allá saltando,
Hacen un alegre rumor:
Y mientras regresa a su parca mesa
Silbando, el cavador,
Regresa y piensa en el día de su reposo.

Después, cuando entorno está apagada toda faz,
Y todo lo demás calla,
Oigo el martillo repicar, se oye la sierra
Del leñador, que despierto
En su cerrada bodega a la luz del candil
Se apremia para concluir su trabajo
Antes del clarear del alba.

Este, de siete, es el día más grato,
Pleno de esperanza y de gozo:
Mañana tristeza y tedio
Portarán las horas y cada cual
A su pensar cotidiano retornará.

Muchachito alegre,
Esta edad florida
Es como un día de alegría pleno,
Día claro, sereno,
Que anticipa la fiesta de tu vida.
Disfruta, niño mío; estado suave,
Estación feliz es ésta.
Otro decirte no deseo;
que no te disgustes
Si todavía tarda en llegar tu fiesta.

«El placer humano... se puede decir que es siempre futuro, no es sinofuturo, consiste solamente en el futuro. El acto propio del placer no se da. Yo espero un placer; y esta esperanza en muchísimos casos se llama placer. Yo he sentido un placer, he tenido una buenaventura; esto no es placentero sino porque nos da una buena idea del futuro; nos hace esperar algún goce más o menos grande; nos abre un nuevo campo de esperanzas; nos persuade de poder disfrutar; nos hace conocer la posibilidad de poder llegar a ciertos deseos; nos pone en mejores condiciones para el futuro, sea referido al hecho y a la realidad, sea referido a la opinión o persuasión nuestra... Yo siento un placer: ¿Cómo? Cada individual instante del acto del placer es relativo a los instantes sucesivos; y no es placentero sino relativamente a los instantes que siguen, vale decir al futuro» (Zibaldone, 533-4, 20 de enero de 1821).

A SÍ MISMO

Compuesto probablemente en Florencia en 1833 (o en la primavera de 1835, en Nápoles, según la hipótesis de Umberto Bosco), fue publicado en la edición Starita de los Cantos de 1835.

Tenso y áspero en su sequedad, el canto constituye la expresión lúcida y desolada del nivel de conciencia al que llegó el poeta tras de la fatal desilusión amorosa.

Por siempre reposarás,
Mi agotada alma. Peció el engaño extremo
Que eterno yo me creí. Peció. Bien siento.
En nosotros de los amados engaños,
No sólo esperanza, sino también deseo se apagó.
Reposa por siempre. Ya
Palpitaste. Nada vale tu latir
Ni de suspiros es digna la tierra
Amargura y hastío
La vida, no es más; y fango es el mundo.
Resígnate ya. No esperes
Por última vez. Al género humano el hado
No donó que el morir. Ahora desprecia
A ti mismo la Natura, el sucio
Poder que, invisible, al común daño impera
Y la infinita vanidad de todo.

ASPASIA

Compuesto (o al menos completado) en Nápoles entre 1834 y 1835 después de la composición de A sí mismo, fue publicado en la edición de los Cantos de 1835.

Nacido como vuelta al pensamiento de la experiencia amorosa dolorosamente concluida, el canto constituye un lúcido diagnóstico de sentimientos y situaciones, ofreciendo un retrato impío de la mujer amada, Fanny Targioni Tozzetti (disimilada detrás del nombre infamante de Aspasia), en una suerte de sublimaciones y remozamientos de la pasión misma.

Vuelve ante mi pensamiento a veces
Tu semblante, Aspasia. O fugaz
Por habitados lugares me centellea
En otros rostros; o por desiertos campos,
En día sereno, con las tranquilas estrellas,
Casi por suave armonía despertada,
Aún en el alma próxima a desvanecerse,
Aquella soberbia visión resurge.
Cuan adorada, oh dioses, y cuan un día
Mi delicia y tormento! Y ya no siento
Moveirse el perfume de la florida campaña,
Ni de flores perfumar vías ciudadanas,
Que yo no te vea aún cual eras aquel día
Que en elegantes estancias acomodada,
Todas perfumadas de nuevas flores
De primavera, de color violeta oscuro

Vestida, a mí se ofreció
Tu angelical forma, inclinado el flanco
Sobre lustrosa piel, y circundada
De arcana voluptuosidad; cuando tú, docta
Seductora, fervientes sonoros
Besos depositabas en los regordetes labios
De tus hijos, el níveo cuello en tanto
Ofreciendo, y ellos, de tus intenciones ignorantes,
Con la mano delicadísima estrechabas
Al seno escondido y deseado. Aparecieron
Nuevo cielo, nueva tierra, y casi un rayo
Divino en el pensamiento mío. Así en el flanco
En absoluto desarmado con viva fuerza imprimió
Tu brazo la saeta, que desde entonces
Gritando de dolor porté hasta el día
Que dos veces volvió de nuevo el sol.

Rayo divino a mi pensamiento pareció,
Mujer, tu beldad. Similar efecto
Hacen la belleza y las musicales armonías,
Que profundo misterio de desconocidos paraísos
Parecen a menudo revelar. Contempla
El herido mortal, desde entonces la hija
De su mente, la amorosa idea,
Que gran parte del Olimpo en sí encierra,
Toda en el rostro en los vestidos en el hablar
Parece a la mujer que el absorto amante
Contemplar y amar confuso estima.

Ahora él ésta no ya, sino aquella, incluso
En los corporales coitos, venera y ama.
Al fin los errores y los intercambiados objetos
Conociendo, se indigna; y a menudo inculpa
La mujer injustamente. A aquella excelsa imagen
Se eleva raramente el femenino ingenio;
Y lo que inspira a los generosos amantes
Su misma belleza, mujer no piensa,
Ni comprender podría. No cabe en aquellas
Angostas frentes igual concepto. Y mal
Al vivo fulgor de aquellas miradas
Espera el hombre engañado, y mal se espera
Sentimientos profundos, desconocidos, y mucho
Más que viriles, en quien del hombre en todo
Por naturaleza es menor. Que si más mórbidos
Y más tenues los miembros, ella la mente
Menos capaz y fuerte sin embargo recibe.

Ni tú hasta ahora jamás lo que tú misma
Inspiraste algún tiempo a mi pensamiento,
Pudiste, Aspasia, imaginar. No sabes
Que desmesurado amor, que afanes intensos,
Que indecibles arrebatos y que delirios
Suscitaste en mí; ni vendrá tiempo alguno
Que tú lo entiendas. En semejante guisa ignora
Ejecutor de músicas y armonías
Lo que con mano o con la voz provoca
En quien lo escucha. Ahora murió aquella Aspasia

Que tanto amé. Yace para siempre, objeto
De mi vida un día: aunque sólo
Como amada larva, de vez en cuando
Tornar acostumbra y desaparecer. Tú vives,
Bella no sólo todavía, más bella tanto
Al parecer mío, que a todas las superas.
Aunque aquel ardor que de ti nació se ha apagado
Porque yo a ti no te amé, sino a aquella Diosa
Que antes vida, ahora tumba tiene en mi corazón.
Aquella adoré gran tiempo; y si me encantó
Su celestial beldad, que yo, aún
Ya desde el principio conocedor y claro
De tu ser, de las artes y de los fraudes
Incluso en ti contemplando sus bellos ojos
Ávido te seguí hasta que ella vivió,
Engañado no ya, sino conducido
Del placer de aquella dulce semejanza
A tolerar un largo y áspero vasallaje.

Ahora jáctate, que puedes. Narra qué sola
Eres de tu sexo a la que someter acepté
La altiva cabeza, a la que espontáneo ofrecí
Mi indómito corazón. Narra que primera,
Y espero que última, mis ojos
Suplicantes viste, me viste ante ti
Tímido, tembloroso (ardo al volverlo a decir
De desdén y rojez), me no dueño de mí,
Cada deseo tuyo, cada palabra, cada acto

Espiar humildemente, a tus soberbios
Desprecios palidecer, brillar la cara
Ante un signo cortés, ante cada mirada
Mutar forma y color. Cayó el encanto,
Y quebrado con ello, por tierra caído
El yugo: por ello me alegro. Y si bien llenos
De tedio, al fin después del servir y tras
Un largo delirar, contento abrazo
Sensatez con libertad. Que si de afectos
Ciega la vida, y de gentiles ilusiones
Es noche sin estrellas en el invierno
Ya del sino mortal a mí bastante
Conforto y venganza es que sobre las hierbas
Aquí inerte inmóvil yaciendo,
El mar la tierra y el cielo miro y sonrío.

EL OCASO DE LA LUNA

Compuesto en Torre del Greco, en la villa Ferrigni, en las faldas de Vesuvio, en la primavera de 1836, fue publicado la primera vez en las ediciones Le Monnier de 1835, a cargo de Antonio Ranieri. Según la tradición, fundada sobre el testimonio del poeta alemán H.W. Schultz que estuvo cerca de Leopardi en sus últimos años de vida, los últimos seis versos (vv 63-68) del canto habrían sido dictados por el poeta a Ranieri dos horas antes de morir.

Como en noche solitaria
Sobre los campos argentos y el agua,
Allí donde sopla el céfiro
A mil indefinidas visiones
E irreales objetos
Dan forma las sombras lejanas
Entre las ondas tranquilas
Y ramas y setos y montecillos y campos;
Junto al confín del cielo,
Tras Apeninos o Alpes, o del Tirreno
En el infinito seno
Desciende la luna; y pierde el color el mundo;
Desaparecen las sombras, y una
Oscuridad el valle y el monte ocupa
Sin luz queda la noche
Y cantando, con melancólica melodía,
El último albor de la fugitiva luz,
Que poco antes le daba guía,
Saluda el carretero desde su vía;

Así se desvanece, y así
Deja la edad mortal
La juventud. En fuga
Van las sombras y las semblanzas
De las gratas ilusiones; y se desvanecen
Las lejanas esperanzas,
Donde se sustenta la mortal naturaleza.
Abandonada, oscura
Queda la vida. En ella posando la mirada,
Busca el confuso viajero en vano
Del camino largo que avanzar se siente
Meta o razón; y ve
Que para sí la humana sede,
Y él para ella en verdad es hecho extraño.

Demasiado feliz y calma
Nuestra mísera suerte
Pareció allá arriba, si el juvenil estado,
Donde todo bien de mil penas es fruto,
Durase de la vida todo el recorrido.
Demasiado suave la condena
Aquella que a todos sentencia a la muerte,
Si a la vez no les diese antes
También la mitad de la vida,
De la terrible muerte mucho más dura.

De los intelectos inmortales
Digna invención, extremo
De todos los males, encontraron los eternos
La vejez, donde fuese
Incólume el deseo, la esperanza extinguida,
Secas las fuentes del placer, las penas
Mayores siempre, nunca más dado el bien.

Vosotros, colinitas y espacios,
Caído el esplendor que allí en el occidente
Plateaba de la noche el velo,
Huérfanos todavía por mucho tiempo
No os quedareis; que de otra parte
De inmediato veréis el cielo
Iluminarse nuevamente, y surgir el alba:
Que viniéndole por detrás el sol,
Y fulgurando entorno
Con sus llamas potentes,
De lúcidos torrentes
Inundará con vosotros los etéreos campos.
Pero la vida mortal, después que la bella
Juventud desaparece, no se colorea
De otras luces jamás, ni de otra aurora.
Viuda es hasta el final; y por la noche
Que las otras edades oscura,
Al final ponen los Dioses la sepultura.

LA RETAMA O LA FLOR DEL DESIERTO

Compuesto en Torre del Greco en 1836 durante la estancia en la villa Ferrigni, contemporáneamente al Tramonto de la luna, fue, junto a éste, publicado en la edición Le Monnier de 1845.

Según Franco Meregalli, el título habría sido sugerido a Leopardi por la Rosa del desierto del poeta español Álvarez de Cienfuegos, aparecida en un periódico napolitano justo en los años de la estancia del poeta en Nápoles. Bajo la especie de la humilde retama, como en una suerte de testamento moral del poeta, se dibuja una relación en absoluto pacificada y distanciada, sino por el contrario polémicamente absorta, tanto en la insignificancia del existir universal como de la necesidad de una «resistencia» moral hecha de conciencia abatible en prospectiva positiva.

Καὶ ἠγάπησαν οἱ ἄνθρωποι μᾶλλον τὸ σκότος ἢ τὸ φῶς
Y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz.

JUAN, III, 19

Aquí, sobre la árida espalda
Del terrible monte
Exterminador Vesevo,
Al que ningún otro árbol ni flor alegra,
Tus cogollos solitarios entorno esparces,
Olorosa retama,
Amante de los desiertos. Ya otros lugares vi
Con tus estelas embellecer las yermas tierras
Entorno a la ciudad

Que fuera señora de los mortales un tiempo,
Y del perdido imperio
Parece que con su grave y taciturno aspecto
Den fe y recuerdo al pasajero.
Ahora te vuelvo a ver en este suelo, amante
De tristes lugares y del mundo abandonados
Y de grandeza abatida siempre compañera.
Estos campos sembrados
De cenizas infecundas, y recubiertos
De la pétrea lava,
Que bajo los pasos al peregrino resuena;
Donde se anida y se retuerce al sol
La serpiente, y donde al conocido
Cavernoso cubil retorna el conejo;
Fueran dichosas ciudades y campos cultivados
Y dorados de espigas, y resonaban
Por mugidos de ganados;
Fueran jardines y palacios,
Al ocio de los poderosos
Grato espacio; y fueran ciudades famosas
Que con sus torrentes el soberbio monte
Desde su ígnea boca fulminando sepultase
Con sus habitantes. Ahora todo entorno
La ruina recubre,
Donde tú te asientas, oh flor gentil, y casi
Los daños de los demás compadeciendo, al cielo
De dulcísimo olor mandas perfume,
Que al desierto consuela. A estos yermos
Vengan quienes exaltar con odas

Nuestra condición han como uso, y vean cuanto
Es el género nuestro apreciado
Por la amante Natura. Y la potencia
Aquí con justa medida
Todavía estimar podrán de la humana semilla
Que la dura nutridora, cuando menos la temen,
Con leve movimiento en un momento anula
En parte, y puede con modos
Poco menos leves incluso súbitamente
Todo aniquilar.
Dibujadas en estas riberas
Están de la humana gente
Las magníficas suertes y progresivas.

Aquí mira y aquí te refleja,
Siglo soberbio y necio,
Que el sendero hasta entonces
Del renacido pensamiento señalado antes,
Abandonaste, y volviste hacia atrás los pasos,
Del retornar te jactas
Y avanzar lo llamas.
A tus desatinos pueriles los genios todos,
De quienes su suerte malvada padre te hiciera,
Van adulando, aunque
Mofa tal vez
Hagan para sí. No yo
Con tal vergüenza descenderé bajo tierra;
Pero el desprecio sobre todo que se cierra
De ti en el pecho mío,

Mostrado habré cuanto se pueda abierto:
Bien que yo sepa que olvido
Oprime a quien demasiado a la edad propia es adverso.
De este mal, que me será
Común contigo, bastante ahora me río.
Libertad vas soñando, y siervo a un tiempo
Quieres de nuevo el pensamiento,
Sólo por el cual resurgiríamos
De la barbarie en parte, y por el cual sólo
Se crece en civilización, que sola a mejor
Guía los públicos destinos.
Así rechazaste la verdad
De la áspera suerte y del deprimido lugar
Que Natura nos diera. Por esto la espalda
Bellacamente volviste a la luz
Que hace evidente la verdad: y fugitivo, llamas
Vil a quien la persigue, y sólo
Magnánimo a aquel
Que se ilusiona e ilusiona a los demás, astuto o loco,
Hasta los astros el mortal grado exalta.

Hombre de pobre estado y miembros enfermos
Que sea del alma generoso y alto,
No se llama ni estima
Rico de oro ni gallardo,
Y de espléndida vida o de vigorosa
Persona entre la gente
No hace risible muestra;

Pero sí de fuerza y riqueza mendigo
Se muestra sin vergüenza, y nombra
Hablando, abiertamente, y de sus cosas
Hace estima a la verdad igual.
Magnánimo animal
No creo yo ya, pero necio,
Aquel que nacido para perecer, nutrido de penas,
Dice, para gozar estoy hecho,
Y de fétido orgullo
Llena sus escritos, excelsos hechos y nueva
Felicidad, que el cielo todo ignora,
No sólo este mundo, prometiendo en tierra
A pueblos que una onda
De mar conmovido, un soplo
De aura maligna, un subterráneo derrumbe
Destruye así que queda
Con gran dificultad de ellos el recuerdo.

Noble naturaleza es aquella
Que a elevar se atreve
Los ojos mortales contra
El común destino, y que con franca lengua,
Nada a la verdad detrayendo,
Confiesa el mal que le fue dado en suerte,
Y el bajo estado y frágil;
Aquella que grande y fuerte
Muéstrase en el sufrir, ni los odios ni las iras
Fraternas, aún más graves

Que cualquier otro daño, añade
A sus miserias, el hombre inculcando
De su dolor, pero da la culpa a aquella
Que verdaderamente es culpable, que de los mortales
Madre es de parto y de querer madrastra.
Ésa llama enemiga; y contra ésta
Unida ser pensando,
Como es cierto, y ordenada desde el origen
La humana compañía,
Todos entre sí aliados estima
Los hombres, y todos abraza
Con verdadero amor, ofreciendo
Válida y pronta y esperando ayuda
En los variables peligros y en las angustias
De la guerra común. Y a las ofensas
Del hombre armar la derecha, y disponer insidia
Al vecino y obstáculos
Insensato cree así como fuera en campo
Circundado de un ejército hostil, en el más vivo
Acosar de los asaltos,
Los enemigos olvidando, acerbos luchas
Emprender con los amigos,
E inducir a la fuga y fulminar con la espada
Entre los propios guerreros.
Tales pensamientos
Cuando sean, como fueron, evidentes al vulgo,
Y aquel horror que primero
Contra la impía Natura

Construyó a los mortales en social cadena,
Sea reconducido a sus términos
Por el veraz saber, el honesto y el recto
Conversar ciudadano,
Y justicia y piedad, otra raíz
Tendrían entonces que no soberbia ilusión,
Donde fundada probidad del vulgo
Así suele estar en pie
Cual estar puede aquel que tiene en error la sede.

Con frecuencia en estas ribas,
Que, desoladas, de obscuro
Viste la lava endurecida, y parece que ondee,
Me siento la noche; y sobre la triste tierra
En purísimo azul
Veo a lo alto relucir las estrellas,
Que de lejos se espejan
En el mar, y entorno
Por el vacío sereno brillar el mundo.
Y después que los ojos en aquellas luces se fijaran,
Que a ellos les parecen un punto,
Y son inmensas, en modo
Que un punto para ellas son tierra y mar
Verdaderamente; a quienes
El hombre no sólo, incluso este
Globo donde el hombre es nada,
Desconocido es del todo; y cuando miro
Aquellos todavía sin ningún fin remotos

Nudos casi de estrellas,
Que a nosotros parecen cual niebla, a quienes no el hombre
Y no la tierra sólo, mas todo en uno,
Infinitas por número y grandeza,
Con el aureo sol junto, nuestras estrellas
O son ignotas, o así aparecen como
Ellos a la tierra, un punto
De luz nebulosa; a mi pensamiento
¿Que pareces entonces, oh prole
Del hombre? Y recordando
Tu estado aquí abajo, del que da testimonio
El suelo que yo piso; y después por otra parte,
Que señora y fin
Te crees tú dada al Todo, y cuantas veces
Fabular te gustó, en este oscuro
Grano de arena, el cual de tierra tiene nombre,
Por tu causa, de las universales cosas
Descendieron los autores, y conversaron con frecuencia
Con los tuyos placidamente, y que los escarnecidos
Sueños renovando, incluso a los sabios insulta
La presente edad, que en conocimiento
Y en cívicas costumbres
Parece a todas superar, ¿cual sentimiento entonces,
Mortal prole infeliz, o cual pensamiento
Hacia ti al fin el corazón me asalta?
No sé si la risa o la piedad prevalece.

Como de árbol cayendo un pequeño fruto,
Que allí en el tardío otoño

Madurez sin otra fuerza derriba,
De un pueblo de hormigas las dulces moradas,
Escavadas en blanda gleba
Con gran trabajo, y las obras
Y las riquezas que en competición
Con largo fatigar la laboriosa gente
Había provisto en el tiempo estivo,

Aplasta, devasta y cubre
En un punto; así desde lo alto abalanzándose,
Desde el útero tronante
Arrojada al cielo profundo,
De cenizas y de pómece y de piedras
Noche y ruinas, mezcladas
Con hirviente lava
O por la montana ladera
Furiosa entre la hierba
De licuadas masas
Y de metales y de ardiente arena
Descendiendo inmensa llena,
Las ciudades que el mar allí en el extremo
Litoral bañaba, confundió
Y trituró y recubrió
En pocos instantes: por eso sobre aquellas ahora paxe
La cabra, y ciudades nuevas
Surgen del otro lado, a cuya base
Son las sepultadas, y los postrados muros
El terrible monte a su pie casi aplasta.

No tiene Natura hacia la semilla
Del hombre más estima o cuidado
Que de la hormiga: y si más rara en él
Que en la otra es la matanza,
Esto no aviene
Sino porque las prosapias del hombre son menos fecundas.

Ya mil ochocientos
Años han pasado desde que desaparecieron, aplastadas
Por la ígnea fuerza, las populosas sedes,
Y el campesino atento
A las viñas, que a duras penas en estos campos
Nutre la muerta tierra y llena de ceniza,
Todavía eleva su mirada
Sospechosa a la cumbre
Fatal, que por nada jamás inocua
Todavía se yergue tremenda, todavía amenaza
A él estragos y a los hijos y a las posesiones
Suyas míseras. Y a menudo
El mezquino sobre el techo
De su casucha labriega, al vagante
Aire yaciendo toda la noche insomne,
Y sobresaltándose a veces, explora el curso
De la temida lava, que se derrama
De las inexhaustas profundidades
Sobre el arenoso dorso, frente al cual reluce
De Capri la marina
Y de Nápoles el puerto y Mergellina.

Y si avanzar lo ve, o si en la profundidad
Del doméstico pozo oye a veces el agua
Hervir a borbotones, despierta a los niños
Despierta a su mujer con prisas, y va, con cuantas
De sus cosas llevar pueden, huyendo,
Ve de lejos el usado
Su nido, y el pequeño campo,
Que le fue del hambre única defensa,
A merced del río candente,
Que crepitando llega, e implacable
Perennemente sobre aquellos se queda.
Torna al celeste rayo
Después del antiguo olvido la extinta
Pompeya, como sepultado
Esqueleto, que hoy de la tierra
Avaricia o piedad restituye al abierto;
Y desde el desierto foro
Erguido bajo las filas
De las quebradas columnas el peregrino
De lejos contempla la bipartida cumbre
Y la cresta humeante,
Que a la esparcida ruina todavía amenaza.
Y en el horror de la secreta noche
Por los vacíos teatros,
Por los templos deformes y por las rotas
Casas, donde la prole el murciélago esconde,
Como siniestra antorcha
Que por vacíos palacios lóbrega dé vueltas,

Corre el fulgor de la fúnebre lava,
Que de lejos a través de las sombras
Rojea y los lugares entorno tiñe.
Así, al hombre ajena y a las edades
Que llama antiguas, y del seguir que hacen
Después de los ascendientes los nietos,
Está Natura inmutable, más bien continúa
Por así largo camino
Que parece estar. Caen los reinos en tanto,
Pasan gentes y lenguas: ella no ve:
Y el hombre de la eternidad se vanagloria.

Y tú, dúctil retama,
Que de selvas olorosas
Estos campos expoliados adornas,
También tú pronto a la cruel potencia
Sucumbirás del subterráneo fuego,
Que retornando al lugar
Ya conocido, extenderá el ávido manto
Sobre tus tiernas forestas. Y someterás
Bajo el peso mortal sin rebelión
Tu cabeza inocente:
Mas no plegado hasta ahora en vano
Servilmente suplicando ante
El futuro opresor; pero no erecto
Con loco orgullo hacia las estrellas,
Ni en el desierto, donde
Y la sede y la vida

No por querer sino por fortuna tuviste;
Pero más sabia, pero tanto
Menos insensata del hombre cuanto las frágiles
Tus estirpes no creíste
O por el hado o por ti hechas inmortales.

Cantos sueltos es una antología de la obra de Giacomo Leopardi, preparada por los maestros Ana María Pinedo López y Vincenzo Guarracino para la Colección *Un libro por centavos*. Ellos presentan un recorrido selecto por medio de quince cantos, que reflejan la envergadura profunda de pensamientos y sentimientos de la obra y vida del poeta Leopardi, uno de los más grandes e importantes escritores de la literatura universal.

Los *Cantos* desde la elegía *El primer amor* hasta *La retama*, nos ofrecen una visión desesperada y al mismo tiempo heroica del poeta. El *Canto* emblemático y significativo *El Infinito* que, sin descuidar otros textos notables, se constituye en el que mejor define el carácter mismo de la personalidad del escritor y el inagotable deseo de conciliar razón e imaginación en la palabra poética.

Los *Cantos* constituyen, en verdad, la «historia de un alma», por usar una expresión de Angelandrea Zottoli, resuelta a través de una escritura poética en la que se transcriben y subliman ocasiones de la vida y de la cultura, deseos y desilusiones, en un juego estilístico siempre más dúctil y variado. *Cantos* dotados en su forma final de una arquitectura rigurosamente recalada sobre criterios temáticos y estilísticos representan el momento en que problemas existenciales y aspiraciones; imaginación y sentimiento; sensibilidad y cultura se encuentran dando vida a un organismo lírico de extraordinaria consistencia y sugestión.

El título de *Cantos* es único e insólito, referencia un transparente propósito de gratificación («quien teme, canta», *Zibaldone*, 3527) y de seducción («la naturaleza ha dado al canto humano... una maravillosa fuerza al ánimo del hombre, y mayor que aquella del sonido», *Zibaldone*, 1722), se une probablemente, según Mario Riccardi, a «un recuerdo del mundo y del tiempo de la oralidad, de la música, del tiempo de vida de lo cotidiano, de la esfera privada y de la vida común».

Hay un dato que salta a la vista del lector de la obra leopardiana, y es el testimonio de que en ella, desde las primeras y convencidas pruebas juveniles hasta los textos de su plena madurez, se revela una singular coherencia de búsqueda, para poner en escena posibilidades expresivas, fieles al principio de que es «el sentimiento del alma en el *presente* (...) la única musa inspiradora del verdadero poeta», como se dice en una célebre página del *Zibaldone* (4357, 29 agosto 1828).

En este sentido la escritura, que se diversifica en poética, epistolar, filosófica, humorística y satírica, modula las exigencias profundas de un yo tendente a contrastar el riesgo del silencio mediante la palabra en los registros de géneros diversos en la forma, pero homogéneos y coherentes en la sustancia.

GIACOMO LEOPARDI (Recanati, Italia, 1798-Nápoles, 1837). Escritor italiano, primogénito de una familia de antigua nobleza. Autodidacta, estudió a los clásicos griegos y latinos, a los moralistas franceses del siglo XVII y a los filósofos de la Ilustración. Erudito, admirado por los intelectuales de su época y por sus traducciones. La lectura de los clásicos despertó su pasión por la poesía como oportunidad para «engrandecer» el alma con la lectura y traducción de los poetas antiguos y así dar voz a los propios sentimientos a través de la escritura.

1817 es un año fundamental para él, inicia una relación epistolar con Pietro Giordani, que fue a la vez su mentor y amigo y descubre el amor. En diciembre, de hecho, la visita a la casa familiar de la joven Gertrude Cassi Lazzari provoca en él una “suprema pasión” que se traduce en las páginas de *Diario del primer amor* en el canto *El primer amor*.

La lectura de los clásicos despierta su pasión por la poesía. En *Discurso de un italiano sobre la poesía romántica* (*Discorso di un Italiano intorno alla poesia romantica*), toma partido por los clásicos en la disputa que planteaba el romanticismo, argumentando que la poesía clásica establece una intimidad profunda entre el hombre y la naturaleza con una simplicidad y una nobleza de espíritu inalcanzables para la poesía romántica, prisionera de la vulgaridad y del intelectualismo modernos.

El tema del declive político y moral de la civilización occidental y, en particular, de Italia, es central en sus primeros poemas, que pasaron a formar parte de los *Cantos* (*Canti*, 1831), obra que pone de relieve la separación del hombre moderno y la naturaleza, considerada como única fuente

posible de amor. Leopardi elabora un lenguaje poético moderno que, asumiendo la imposibilidad de evocar los mitos antiguos, describe las afecciones del alma y el paisaje familiar, transfigurado en paisaje ideal.

Entre los años 1817 y 1832 lleva un diario en el que anota sus ideas acerca de la literatura, el lenguaje, la política, la religión y la filosofía: *Zibaldone*, publicado sesenta años después de su muerte (1898). Como poeta, su estilo melancólico y trágico es, inevitablemente, romántico, pero su escepticismo, su expresión precisa y luminosa y el pudor con que contiene la efusión de sentimientos lo acercan más a los clásicos.

Sus obras son numerosas:

1. *Canciones* (1824), primer gran libro de poesía de Leopardi donde se presenta como poeta ético y civil. Esta obra consta de diez composiciones escritas entre 1818 y 1823.

2. *Versos* (1826), compuestos por: cantos, idilios, sonetos, elegías y epístolas, segunda y más relevante selección poética del autor, no incluye ninguna canción de 1824.

3. *Cantos* (1831), 23 obras entre canciones, idilios y cantos pisano-recanateses.

4. *Opúsculos morales* (1831), cortos diálogos en que aparecen expuestas las ideas de Leopardi acerca de la desesperación.

Con una salud muy frágil, reside por temporadas en las ciudades de Roma, Milán, Bolonia, Pisa, Florencia y Nápoles, donde fallece el 14 de junio de 1837.

(fragmentos de la biografía tomados de: <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/l/leopardi.htm>)

TRADUCTORES

VINCENZO GUARRACINO, poeta, ensayista y traductor, nació en Ceraso (Salerno) en 1948 y vive en Como (Italia). Ha publicado diversas recopilaciones de versos: *Gli gnomi del verso*, *Paradiso delle api*, *Dieci inverni*, *Grilli e spilli*, *Una visione elementare*, *Nel nome del Padre*, *Baladas*. Como crítico ha dedicado su atención en Giovanni Verga y Giacomo Leopardi. Coordinado numerosas traducciones de autores griegos y latinos, una *Guía a la lectura de Leopardi*, 1987 y 1998, la edición crítica a las obras *Appressamento della notte*, *Diario del primo amore e altre prose autobiografiche*, y además, las antologías *Infinito Leopardi* (textos de poetas contemporáneos), *Interminati spazi sovrumani silenzi*. Las antologías *Caro Giacomo. Poeti e Pittori per Giacomo Leopardi* y *Giacomo Leopardi. Canti e Pensieri* y cartas con Antonio Ranieri.

ANA MARÍA PINEDO LÓPEZ nació en Pozuelo de Alarcón (Madrid) en 1953 y vive en Alcobendas (España). Es licenciada en Lingüística por la Universidad Autónoma de Madrid. Ha publicado una recopilación de versos, *Anhaikus*, y ha traducido en español poesías y prosa de diversos escritores italianos (Federico Roncoroni, Dante Marianacci, Lucetta Frisa, Giorgio Larocchi, Menotti Lerro). Ha coordinado, junto a V. Guarracino, *Poesía esencial de Giovanni Pascoli*.

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendiñueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López

46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Oscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apúshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Alfonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal

92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanes*. *Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades*. *Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, *Antología femenina*
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, *Antología femenina*
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Ángeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño*. *Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia*. *Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado*. *Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue*. *Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna*. *Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlostén y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá*. *Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor*. *Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde*. *Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos*. *Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas*. *Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo*. *Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza*. *Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento*. *Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noguera
136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en agosto de 2017

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem